

## CAPITULO XXXII

## Nadar, nadar y en la orilla ahogar

El jinete que vimos pasar corriendo sin haber oído la moribunda voz del desgraciado Leopoldo, volvió a parar una hora después, y con la misma velocidad, por el mismo camino que había andado. Iba inquieto y lleno de afán. En su semblante bronceado, pero que revelaba honradez y benevolencia, estaban pintados el cuidado y la ansiedad. Gruesas gotas de sudor corrían de su arrugada frente.

—No los encuentro... ¿Qué vereda habrán tomado? —dijo al llegar al sitio que más sangrienta había sido la acción, y fijando la vista en los cuerpos que yacían tendidos en el campo, pero sin detener en su carrera el caballo. El agua continuaba cayendo. Muchos de los heridos, no teniendo dónde guarecerse de ella, habían expirado en medio de las mayores ansias; los demás habían perdido hasta la fuerza para quejarse, por la mucha sangre manada de sus heridas.

La noche estaba oscura y espantosa. El viento silbaba con fuerza, doblegando las copas de los árboles que, separados, y a largas distancias, se veían. El hombre que nos ocupa marchaba por encima de los cadáveres, arriando las espuelas a su ligero corcel, que parecía no poner los pies en el suelo, según la velocidad con que corría.

—Tal vez habrán ido a rodear por el otro lado, contrario al que yo traía; y ésta habrá sido la causa de no haberlos encontrado —dijo el jinete después de meditar un instante, pero sin detenerse—. ¡Ah!, sí, es preciso tomar la senda que debieron llevar.

Y el hombre, haciendo salvar de un salto la zanja a su caballo, y separándose del camino, tomó un sendero que le condujese con más seguridad y prontitud al punto que deseaba. El cielo estaba cada vez más negro y borrascoso. La tierra envuelta en espesas sombras, apenas dejaba percibir los objetos más cercanos. En las humildes chozas de los sencillos indios, diseminadas a largas distancias, no se veía persona alguna. Sus moradores las habían abandonado desde el momento de la batalla, temerosos de los desórdenes que siempre suceden a una sangrienta lucha. Hacía bastante tiempo que nuestro solitario jinete cruzaba el campo

en extraordinario galope. Ningún otro sér humano se movía en la inmensa extensión de la llanura. Al verle envuelto entre las sombras, desafiando la tempestad y cruzando veloz la pavorosa campiña, se le hubiera tomado por un trasgo o fantasma, evocado por algún espíritu misterioso. De repente, detuvo a su caballo. Sus ojos, brillantes como dos centellas, se fijaron recelosos en un punto. Era una choza rodeada de algunos árboles, debajo de los cuales creyó descubrir el bulto de algunos hombres a caballo. La distancia era tan corta que apenas le separaban veinte varas. Sobresaltado y conteniendo la respiración, permaneció un instante, temiendo fuesen soldados norte-americanos. De repente, notó que los hombres se ponían en movimiento con dirección a él. Nuestro personaje dudó el partido que tomar debía: si continuar andando, para no parecer sospechoso, o huir sin detenerse. Pero su caballo se encontraba en extremo fatigado, y conoció que sería alcanzado con facilidad.

—Avancemos—dijo para sí, resuelto a todo; y continuó su marcha.

Uno de los jinetes que hacia él caminaban, se adelantó a sus compañeros, y al verse cerca del hombre cuyos pasos hemos seguido, le gritó en alta voz y con acento robusto:

—¿Pablo?

—¡Señor Núñez! —exclamó nuestro personaje con alegría acercándose al que le hablaba—. Temí no encontrar a ustedes.

—Llegad, señores —dijo Núñez a los que habían estado con él—. Es nuestro honrado rancho, a quien buscábamos con impaciencia.

Don Félix y Ricardo se acercaron.

—Y yo también les he buscado a sus mercedes hace más de tres horas, corriendo más que un «Don Jigote de la Mecha.»

—¿De veras?

—Como que no encontrándoles a sus mercedes en el camino, me fuí hasta las puertas de México, creyendo que allí estarían sus mercedes.

—¿Y ha descubierto usted lo que deseábamos saber?

—Vaya, señor amo, «perfeutamente», y he «platicado» con la niña.

—¡Con Adela!—exclamó Núñez con indecible placer.

—Sí, señor amo, con la señorita Adela.

—¡Oh! ¡qué felicidad!

—Verdad es que he pasado para conseguirlo, más tra-



bajos que «Pérfiles y Seijijunta», pero todo lo doy por «re-  
tebién» empleado, puesto que se consiguió el objeto.

—¿De veras? ¿Pero cómo consiguió usted hablar con ella?

—Porque reflexioné que, vestido como estoy, de campe-  
sino, nadie desconfiaría de mí. Así es que, cuando vi que  
todos celebraban, bebiendo, el resultado de la batalla, y  
supe que Willey andaba recorriendo el campo, me aproximé,  
provisto de una canasta con botellas de aguardiente, que  
compré en San Angel, y me dirigí vendiendo al sitio en  
que se había detenido el convoy durante la acción.

—¡Oh! Perfectamente.

—No bien «devisé» la litera, me dirigí a ella, pregonando  
mi «efeuto». Como hacía mucho frío, todos se agolpaban  
a comprarme aguardiente. Los que custodiaban la litera,  
que estaban también «sedientos de sed», me compraron una  
botella; y mientras estaban entretenidos en brindar y ha-  
blando con los que habían llegado, yo, con disimulo, hice  
con el cuchillo una abertura en el lienzo de la litera, in-  
troduciendo por ella el papelito y el lápiz que su merced  
me dió, diciendo en voz baja que esperaba la contestación,  
y al mismo tiempo introduje un pliego de papel que lle-  
vaba a prevención para que ella contestase.

—¡Bien! ¿Y nada advirtieron?

—Nada, señor amo. Antes, por el contrario, me compra-  
ron más aguardiente, y en tanto que continuaban bebiendo  
y brindando, yo recibí el papelito.

—¿Y en dónde lo tiene usted?

—Aquí—dijo Pablo, sacando un papel de la faja que le  
ceñía la cintura y entregándoselo a Núñez.

Este estaba loco de alegría y de placer. Impacientes todos  
por saber lo que el papel decía, desmontaron de los ca-  
ballos, penetraron en la choza que estaba entre los árboles,  
después de haber atado a éstos los caballos; hicieron de  
varias cerillas unidas, una larga, y vieron que el papel  
contenía estas palabras, trazadas con lápiz:

«Tu esquila, inolvidable Núñez, me ha devuelto la vida.  
¡Por fin, sabes dónde estoy, y dices que me salvarás! ¡Oh!,  
¡el cielo lo quiera! Ignoro dónde estoy; pero tú, que si-  
gues mis pasos, no abandonarás a esta pobre mujer, y ele-  
girás el momento oportuno, sin exponer tu existencia, para  
arrancar de las manos del inicuo Willey a tu querida y  
siempre fiel

»ADELA.»

—¡Oh!, sí; yo juro salvarte esta misma noche, o perecer  
intentando conseguirlo —exclamó Núñez conmovido, y lue-  
go añadió—: ¿Y en dónde se halla la litera en que gime  
presa mi amada?

—En San Angel, a donde entró el convoy que fui siguiendo,  
siempre en conversación con los que me compraban.

—¿Y Adela está dentro de ella?

—No; la hicieron bajar al llegar a una casita que está  
al extremo del pueblo.

—¿Qué señas tiene la casa?

—Pues como era ya de noche cuando llegaron, no la vi  
bien, señor amo; pero es una casita que está «sólida» en-  
tre unos árboles, casi «juera» del pueblito.

—¡Ah!, la conozco perfectamente —exclamó Núñez—; es  
la misma en que fui herido por Duval, la noche que les he  
contado a ustedes le seguí.

—Seguramente la alojaron tan retirada —dijo Pablo—, por  
el mucho «gentío de gente», de soldados yankees y de pri-  
sioneros que entraron después de la acción.

—¿Y entre los prisioneros, no vió usted a Leopoldo?

—No, señor; por lo que creo que habrá muerto en la  
batalla.

—Señores, a caballo —gritó Núñez—. No perdamos mo-  
mento ninguno para salvarla.

—Sí, a caballo—dijeron todos.

Y saliendo de la choza y montando con prodigiosa pron-  
titud, se dirigieron hacia el sitio indicado por Pablo, y con-  
ducidos por éste, que era práctico en el terreno.

—Esta noche acabarán todos los padecimientos de Adela  
—exclamó Núñez, marchando al lado de Ricardo.

—¡Ah!, sí; el corazón me anuncia que el cielo va a fa-  
vorecer nuestra empresa.

—Señores amos, no «platiquen» sus mercedes muy «recio»,  
porque entonces podría acontecernos, que saliésemos de  
«Jila» y tropezásemos en «Caribes».

—Scila y Caribdis, hombre, no Jila y Caribes—le dijo  
Núñez.

—Lo mismo da, porque yo veo que su merced me en-  
tiende «perfectamente».

—Bien; diga usted como mejor le parezca.

—Señores amos —dijo el indio Pablo, deteniendo un poco  
a su caballo—. Es preciso que vayamos ya paso a paso,  
porque estamos cerca del sitio, y el galope de los «cuacos»  
podría alarmar a los de la casa.



Los intrépidos jinetes obedecieron a su guía y caminaron poco a poco.

—¿Y qué haremos para poder aproximarnos, cercar la casa y penetrar en ella sin ser vistos?

—Me «ocurre» una «ocurrencia» para eso—dijo Pablo.

—¿Cuál?

—Cerca de la casita hay un bosquecito; allí podríamos dejar atados los caballos y favorecidos por la «escuridad», acercarnos a la casa, «trepar», unos a la azotea, mientras otros cuidamos la puerta, para no dejar entrar ni salir a «naiden».

—Dice muy bien Pablo —exclamó Ricardo—. Yo, que conozco perfectamente el interior de esa casa, a donde me trajeron muchas veces mis verdugos; que sé las piezas que ocupan y la que deben haber destinado a la presa, tomo a mi cargo penetrar por la azotea y sorprender, con los que me sigan, a los malvados, sin darles tiempo a que se defiendan.

—Perfectamente. Yo soy uno de los que acompañarán a usted a dar el golpe—dijo Núñez.

—Bien; y el señor don Félix, a quien acompañará Pablo, nos hará el favor de defender la puerta de cualquiera que tratase de penetrar en la casa.

—Estoy dispuesto a hacer lo que ustedes juzguen más conveniente.

—Pues adelante.

Al concluir estas palabras, llegaron a la arboleda indicada por Pablo, desde la cual se veía la casa, que reconoció Núñez ser la misma en que había visto entrar a Duval la noche en que fué herido por éste. Todos desmontaron al momento, procurando no hacer ruido con las armas. Después de haber atado los caballos a los árboles, y de cerciorarse que nadie les había visto llegar, avanzaron despacio, y casi arrastrándose sobre el suelo, con dirección a la casa. La noche continuaba oscura, aunque el agua había cesado. Pablo, conocedor del terreno, iba delante, aplicando de vez en cuando el oído a la tierra, para saber si transitaba alguno por rumbo opuesto. Pero nada se escuchaba. Un silencio sepulcral reinaba alrededor de ellos. Núñez iba temiendo que cuidase la azotea el enorme perro que la cuidaba la noche que él la escaló, y que los descubriese con sus ladridos. Sin embargo, a nadie comunicó aquel temor. Pablo, que iba delante, casi arrastrándose sobre el suelo, se detuvo de repente, como a treinta varas de la casa. Todos hicieron lo mismo.

—¿Qué hay?—le preguntó casi con el aliento Núñez, temblando de que fracasase la empresa.

—¡Quietos, señores amos, y silencio por Dios!—dijo el indio casi con voz imperceptible.

—¿Por qué?—preguntaron todos palideciendo.

—En la azotea hay un hombre de centinela, y pasos, y que todo se perdería.

Aquellas palabras helaron el corazón de los que las escuchaban. Miraron hacia el sitio indicado, pero nada acertaban a descubrir.

—Yo nada veo—fueron diciendo todos.

—Eso es porque los ojos de sus mercedes no están acostumbrados, como los míos, a la «escuridad».

—¿Y qué hacemos?—preguntó Félix.

—Asaltar la casa, puesto que no hay otro remedio, y vencer o morir en la demanda.

—Sí, eso es lo mejor—dijeron todos, disponiéndose a presentarse claramente.

—Silencio, señores amos —volvió a decirles Pablo—. ¿No ven sus mercedes que al primer tiro acudirá todo el ejército invasor, que está a dos pasos, y que todo se perdería?

—Pues entonces ¿qué partido debemos tomar?

—Yo tengo un remedio para quitar ese estorbo, sin alarmar y sin meter ruido—dijo el indio.

—¿Usted?—le preguntó Núñez.

—Sí, señor amo.

—¿Cuál?

Pablo se descifó una honda que llevaba atada a la cintura, y dijo mostrándola:

—Esta arma no mete ruido, y mata.

—¿Y qué piensa usted hacer con ella?

—Lo que hizo David con «Julián»; quitar de un «pie-drazo» el estorbo de la azotea.

—¿Usted?

—Estoy seguro de acertarle en la sien con la «matatena» que despida.

—Pero, ¿y si yerra usted el golpe?

—No es fácil que lo «jierre», señor amo, pero si así sucediese, entonces pueden sus mercedes hacer lo que habían resuelto, recurriendo a las armas.

—Tiene razón, dejémosle obrar —exclamó Núñez—. Yo tengo confianza en la habilidad de Pablo.

—Pues, señores amos, no se muevan sus mercedes de aquí; yo me adelanto solo hasta ponerme a conveniente distancia; una palmada mía será la señal de que ha caído.



Y Pablo se adelantó arrastrando y por debajo de los árboles. Núñez y sus amigos esperaban con impaciencia indescriptible el resultado. El indio se detuvo de repente, y midió con la vista la distancia que le separaba del centinela. Este, menos acostumbrado que nuestro hombre del campo a ver entre las sombras, nada había notado, y permanecía quieto y tranquilo en su puesto, armado de fusil y de pistolas. Pablo buscó en el suelo una «matatena», como él decía; pero luego, considerando que una bala sería la piedra más segura y fuerte, deshizo un cartucho que llevaba en el bolsillo, y colocó la bala en la honda. Dispuesto ya para lanzarla, dió algunos pasos más, y se puso en actitud hostil. Fijó la vista en un punto, agitó la honda sobre su cabeza para despedir el golpe. Pidió a Dios de todo corazón que le ayudase en aquella empresa de la virtud contra el crimen. Dejó salir la bala de la honda. Fijó los ojos en el sitio que la dirigía. Vió caer al suelo el cuerpo del centinela, sin exhalar un gemido. Dió la palmada convenida.

Núñez y sus compañeros avanzaron a aquella señal consoladora. Subieron sin hacer ruido a la azotea. Pasaron por encima del cuerpo que estaba tendido. Bajaron a las piezas en el mayor silencio; sorprendieron y amarraron a los socios de Willey; y poco después penetraba Núñez en el cuarto de la hermosa Adela, que se arrojó a sus brazos henchida de placer y derramando un raudal de lágrimas. Para que el golpe hubiera sido completo, sólo faltó que se hubieran apoderado del doctor; pero éste había salido a los alrededores de San Angel, después del triunfo, a desempeñar una orden del general en jefe.

—Pongámonos en marcha en el instante para México —dijo Ricardo—. No sea que a Willey se le antoje dar un paseo por aquí con su caballería.

—¡Sí; huyamos, Núñez! —exclamó Adela—. ¡Ah! ¡Ya que el cielo se ha mostrado tan bondadoso, no demos lugar a que ese hombre nos encuentre!

—Sí; marchemos al instante, bien mío. ¡Para qué quiero su muerte, si al fin encuentro en ti mi vida, y le llevo la felicidad a la hermosa mujer que te dió la existencia, a la virtuosa Amalia, que te espera inconsolable?

—¡Mi madre! ¡Ah! ¡Sí; me has revelado este misterio en tu carta, y estoy impaciente por abrazarla, lo mismo que a mi hermana Luz!

—Pues a caballo.

Y contentos, llenos de satisfacción y de esperanza, se di-

rigieron al sitio en que dejaron los caballos, montaron en ellos, y colocándose Adela a la grupa del de Núñez, partieron para la capital por el mismo camino que habían llevado. Aun no habían andado cien varas, cuando Willey, impaciente de ver a su cautiva, se acercó a su casa acompañado de dos asistentes. Al ver abierta la puerta, se alarmó, bajó de un brinco de su caballo, y penetró con las armas preparadas. Pronto se encontró con los socios que estaban amarrados; y al saber lo que había pasado, les hizo montar a caballo, y armados perfectamente, partieron con él en persecución de los fugitivos. Willey iba furioso; y como si el genio del mal le inspirase, tomó por el mismo sendero que los salvadores de Adela llevaban.

—¡Allí van! —exclamó al verles—. ¡Ah! ¡No son más que cuatro! La ventaja está por nosotros; pues aunque iguales en número, nuestros caballos son más fuertes y nuestras armas mejores. ¡Que no escape ninguno de la muerte!

Y arrimaron espuelas a los corpulentos corceles que montaban.

—Nos siguen, amigos míos —dijo Núñez—. Marchemos cada cual por distinto rumbo para que se vean precisados a hacer lo mismo, y sea más fácil vencerles, y salvar la preciosa joya que yo llevo.

—Es verdad: unidos, no podríamos resistir con nuestros pequeños caballos el choque de sus pesados frisonos, y separados, estoy seguro que la destreza y la agilidad nos darán el triunfo—advirtió Ricardo.

—Pues a separarnos.

—¿Y dónde será el punto de reunión?

—En Churubusco.

Todos se separaron entonces y tomaron por distintos senderos. Willey, que iba acompañado de sus dos asistentes y de un socio, se vió precisado a enviar a cada uno de ellos en persecución de un contrario, para que cualquiera que fuese el que huía con Adela, cayese en su poder sin poder huir. El caballo de Núñez, agobiado por lo mucho que había andado todo el día, y por el peso de su doble carga, se vió muy pronto casi alcanzado por uno de los perseguidores. Adela iba pálida como la muerte, agarrada fuertemente de la cintura de su amante, que trataba de animarla con sus palabras.

—Nada temas, bien mío: el cielo y mi brazo, me harán triunfar del que viene en nuestra persecución, en caso de que nos alcance.



El galope del caballo contrario se escuchaba entonces muy cerca.

Adela volvió asustada la cabeza, y exclamó horrorizada:

—¡Es Willey!

—¡Willey!—dijo Núñez estremeciéndose por la primera vez en su vida.

—¡Sí; huye, por Dios, tú solo! ¡Sálvate siquiera tú, y déjame entregada a mi funesta suerte...!

—¡Déjate yo! ¡yo, que no puedo vivir sin ti...! ¡Jamás, Adela! Acuérdate que tu amorosa madre te espera; y recobra tu valor y tu esperanza.

—¡Mi madre!

—¡Sí; esa hermosa mujer que te espera después de tantos años de ausencia!

Y Núñez, conociendo el peligro que corría su amada, y la imposibilidad de luchar contra un enemigo tan tenaz, teniendo que cuidar de su preciosa compañera, arrimó las espuelas a su caballo para salvarla. Pero el animal no podía ser más veloz con el peso que llevaba. El doctor, que veía flotar un vestido de mujer, sintió renacer en su pecho el placer de los réprobos, al considerar que no podía pertenecer aquel traje más que a Adela. Sediento de placer y de venganza, agitó la marcha de su caballo para alcanzarla. Núñez, conociendo lo imposible que le sería combatir con buen éxito, teniendo que cuidar de la hermosa que acababa de salvar, hacía esfuerzos inauditos para no ser alcanzado. Pero aun se encontraba México a gran distancia. Willey, furioso de ver que no podía dar alcance tan pronto como hubiera deseado al hombre que le había arrebatado la codiciada prenda de su alma depravada, introdujo los acicates en los ijares de su caballo, quien, al sentirse herido de aquella manera, echó a correr con una velocidad indecible. El doctor halagó entonces la esperanza de alcanzar en breves minutos al que huía con la joven Adela. Núñez sintió muy cerca el ruido del galope del corcel de su contrario, y comprendió que pronto sería alcanzado. Willey se hallaba cada vez más próximo. Adela iba pálida y temblando, temiendo caer en poder de su perseguidor. Núñez hizo el último esfuerzo para huir con su preciosa carga. Pero todo era inútil. La distancia que le separaba del furioso doctor era cada vez más corta. La noche estaba oscura, y negro el cielo como el corazón del inicuo que le perseguía; pero el vestido blanco de Adela, que flotaba encima del caballo, servía de dirección al infame Willey. Halagado por la segu-

ridad de apoderarse en breve de aquella mujer que le despreciaba, y cuyas caricias estaba resuelto a gozar a todo trance, aceleró más y más la marcha de su corcel, y al verse distante unos diez pasos, gritó con formidable acento, y preparando una pistola:

—¡Alto o disparo!

La joven se estremeció, y se agarró fuertemente de la cintura del hombre que adoraba.

—¡Alto! —volvió a repetir Willey; pero Núñez, lejos de detenerse, continuó con más velocidad su carrera. Entonces el doctor disparó el arma fatal. El tiro retumbó por la inmensa llanura. Tras él se oyó un grito de mujer.

Núñez sintió de repente que los brazos que oprimían su cintura le soltaban, y a poco escuchó el ruido de un cuerpo que caía en el suelo. ¡Era Adela!

—¡Oh! ¡tu sangre, vil asesino! —exclamó Núñez deteniendo su caballo al ver caer su preciosa carga—. ¡Tú has derramado su sangre, y voy a verter la infame tuya...! ¡Sí; vas a morir...! ¡vas a morir...!

Y se arrojó furioso sobre el doctor.

—Has perdido a tu amada —contestó Willey—, y voy a hacer que te unas a ella en la eternidad, adonde envié esta tarde a tu amigo Leopoldo.

—¡Leopoldo! ¡ha muerto Leopoldo!—exclamó Núñez conmovido; pero sin dejar de combatir un sólo instante.

—¡Sí; cayó esta tarde bajo el formidable golpe de mi espada, como caerás tú dentro de poco, atravesado por ella el corazón.

Y Willey, afirmándose en sus estribos, inclinó el cuerpo hacia adelante, descargando una terrible cuchillada, que dividió en dos el morrión que llevaba Núñez, que no tuvo tiempo para parar aquel golpe.

—¡Sangras!, ¡sangras!—dijo el doctor con satánico placer, viendo correr por la frente del joven el caliente y rojo líquido.

La cuchillada, después de haber partido el morrión, había llegado a la cabeza.

—¡Sí, me has herido!; pero la herida, lejos de debilitar mis fuerzas, me presta nuevo brío para vengar la muerte de Adela, la de mi amigo y mi sangre.

Y haciendo dar un salto a su caballo, le tiró un formidable golpe por el costado. Pero el doctor logró hacerse a un lado y parar el golpe al mismo tiempo que descargaba mil y mil sobre su contrario, cuya camisa y vestido se estaban enrojeciendo en sangre. El caballo que montaba



Wiley era de mucha más alzada que el de Núñez, y por lo mismo, el doctor combatía con ventaja, dominando a su antagonista. Núñez conocía perfectamente su crítica posición, y trataba por medio de movimientos rápidos, suplir aquella desventaja. Pero el doctor, que comprendía la intención de su temible rival, tenía buen cuidado de darle siempre el frente. Aquellas vueltas continuas acabaron de cansar al corcel de Núñez, bastante fatigado ya por el trabajo de aquel día, y Wiley, aprovechando un instante en que el caballo de su competidor no podía moverse, levantó la espada con ambas manos, y la dejó caer con fuerza formidable sobre su adversario, que, aturdido y bamboleando un instante sobre la silla, cayó de repente al suelo con espantoso ruido.

Wiley dejó escapar una exclamación de júbilo por el triunfo que acababa de obtener, saltó de su caballo con la velocidad del tigre, sacó un largo puñal, y se dirigió a Núñez para acabarlo de matar. Pero todo esto había sido instantáneo. Núñez, vuelto de su aturdimiento, se había levantado, pero sin espada, cuando Wiley se disponía a hundirle el puñal. Viéndose perdido, sin armas para defenderse, le agarró el brazo en que brillaba el acero que debía matarle, y logró hacerlo soltar de su mano. Entonces el doctor le asió con sus formidables brazos, y comenzó una lucha de verdaderos gladiadores. Los dos contrarios, asidos fuertemente, y oprimiéndose pecho contra pecho, permanecieron algunos momentos sin encontrar ventaja el uno sobre el otro, casi sin respiración, inyectados los ojos, apretando los dientes y echando espuma por la boca.

Wiley era, sin duda, más corpulento que Núñez; pero éste era más nervudo, de musculatura más enérgica. Al primero, le prestaba bríos el deseo de venganza; al segundo, la vista del yerto cuerpo de su amada. Pero Wiley no había recibido herida alguna; sus fuerzas se encontraban lo mismo que al principio del combate, en tanto que las de Núñez se iban debilitando a medida que salía la sangre de su cabeza. Conociendo el doctor todas estas ventajas, y avergonzado de que se prolongase una lucha desigual, hizo un esfuerzo supremo, levantó en alto a su contrario; pero al verse éste perdido, metió una de sus piernas entre las de Wiley, y ambos rodaron, abrazados, al suelo. Al caer, la mano del doctor tropezó con un puñal que estaba en el suelo. Aquel hallazgo le hizo sonreír satánicamente, pues encontraba el arma con que verter la san-

gre de su rival. Halagado por esta infernal idea, asió el hierro matador, y lo blandió en el aire para descargarlo sobre el corazón de Núñez. Este se acordó en aquel instante de que llevaba a la cintura un cuchillo de monte, y logró sacarlo para defenderse. Dos formidables golpes se escucharon después. La hoja del puñal del doctor había quedado enterrada en el pecho de su contrario. El cuchillo de monte, blandido por éste, quedó clavado a la vez en el cuello de su competidor.

Un horrendo quejido dejó escapar cada uno de los combatientes. En seguida todo quedó en sepulcral silencio. Dos regueros de sangre teñían el sitio en que había sido la lucha. La luz de un relámpago, rasgando las húmedas sombras, envió en aquel momento su roja lumbre sobre tres cuerpos que yacían tendidos sobre la ensangrentada tierra. Eran la hermosa Adela, el noble Núñez y el infame doctor. Los primeros se hallaban yertos; el último, aunque gravemente herido, tenía fijos sus iracundos ojos en sus víctimas, y en sus labios vagaba una sonrisa de infernal placer.

### CAPITULO XXXIII

#### El hombre agradecido

Era la mañana siguiente a los acontecimientos que acabamos de referir en el capítulo anterior, cuando cuatro hombres, montados en buenos y briosos caballos, salían de la capital de México, y se dirigían hacia el sitio en que había tenido lugar la batalla del día anterior. Iban armados, pero no con traje militar. La mañana estaba nublada y triste. Todos marchaban en el mayor silencio. En sus semblantes estaban pintados el dolor y la melancolía. Al concluir la hermosa calzada que atravesaban, su tristeza pareció aumentarse a la vista de los cadáveres insepultos que yacían tendidos sobre el campo, empezando a servir de pasto a las aves de rapiña. Todos parecían traer a la memoria los tristes resultados de la batalla que había cubierto de luto y de consternación a la patria.

Aquellos cuatro jinetes que marchaban dominados por una profunda tristeza, eran don Manuel, antiguo principal de Núñez; Ricardo, que había sido salvado por el mismo Núñez del subterráneo de la caverna de Cacahuamilpa, Félix, y el indio Pablo. Los dos primeros, estaban cuidadosos por la suerte que habían corrido en la acción Leo-